CONFERENCIA SEGUNDA.

Las pasiones.

Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.

El debió ser en todo semejante á sus hermanos, para que fuese misericordioso con ellos.

(Hebr. 2.)

¿Qué significa, señores, la estraña metamorfósis, el cambio imprevisto que, segun los evangelistas, se verificó en la persona del Redentor á su entrada en el huerto de las Olivas? Pocos instantes há, en su admirable discurso despues de la cena, manifestaba una dulce serenidad, y espresaba un vivo deseo de ir á la muerte por nosotros, exhortaba á sus discípulos á la paciencia, á la calma y á la paz, y los animaba á morir con gozo por él; y ved aquí que de repente, sin que ningun acontecimiento nuevo haya sobrevenido, se manifiesta á sus discípulos abrumado de tristeza, consternado, tímido, temblando y poseido de un abatimiento profundo (1). Y no solo deja adivinar sus angustias por la inmobilidad de sus miradas, la palidez de su rostro, la hinchazon de su pecho, el desórden de su semblante, el temblor de todo su cuerpo, sino que él mismo las declara á sus apóstoles, él se las confiesa diciéndoles con una voz débil y sollozante: Hijos mios, yo me siento próximo á morir bajo el peso de la tristeza que me abruma. ¡Ay! si vosotros me amais, permaneced aquí y velad conmigo (2). ¡Gran Dios! ¡así la alegría del cielo se entristece sobre la tierra; aquel que causa la alegría de los ángeles está afligido entre los hombres, el valor tiembla, la fuerza vacila, la virtud está enferma, el autor de la vida se estremece á vista de la muerte, y el que prometia á los demás su fuerza, su apoyo y sus

(1) Et assumpto Petro et duobus filiis Zebedæi cœpit pavere, tædere, contristari et mœstus esse.

(2) Tristis est anima mea usque ad mortem. Sustinete hic, et vigilate mecum. (*Matth.* 26. *Marc.* 14.)

consuelos, lleno ahora de terror, declara tener necesidad él mismo de apoyo, de consuelo y de fuerza!

Sin embargo, este estado del alma santa del Redentor habia sido anunciado diez siglos ántes, ó mas bien habia sido históricamente descrito en este pasaje de los Salmos: Mi corazon está turbado dentro de mí, y los terrores de la muerte han caido sobre mí. El temor y el horror me han cercado por todas partes; yo estoy sumergido en las tinieblas (1). Pues bien, si el mismo Dios habia predicho todas estas circunstancias con tanta individualidad, es claro que él las habia querido y decretado; ellas deben pues tener su razon en las profundidades de la sabiduría y del amor de Dios. Esta razon nos la ha descubierto San Pablo diciéndonos que habiéndose hecho hombre el Hijo de Dios para rescatar al hombre, debió esperimentar todas las enfermedades del hombre, y hacerse en todo semejante á sus hermanos, para poder de este modo cumplir la obra de su misericordia para con nosotros: *Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.* Bajo el punto de vista que nos presentan estas luminosas palabras del Apóstol, es como debemos considerar los sentimientos de temor, de tristeza y de angustia de que estuvo poseido nuestro Señor en el huerto de las Olivas; y al ver la libertad con que los escita en su interior, el órden con que los sostiene y la verdad que nos revela en ellos, lejos de encontrar un motivo de escándalo, veremos por el contrario un motivo de consuelo y de edificacion. Porque en efecto, nosotros quedaremos convencidos de que estos sentimientos no son indignos de un Redentor Divino, sino que por el contrario este Dios Redentor ha debido mostrarse semejante en todo á nosotros, para hacernos esperimentar su misericordiosa bondad: *Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

PRIMERA PARTE.

Al dirigirse Jesus al huerto de Gethsemaní, ha dado su primer paso hácia el Calvario. ¡Ay! La hora del sacrificio se aproxima; ya se levanta la hoguera, el fuego se enciende, la víctima se adelanta hácia el altar, sobre el cual debe ser inhumanamente degollada. Mas, qué camino tendrá Jesus que recorrer para llegar á él! El ca-

(1) Cor meum conturbatum est; formido mortis cecidit super me; timor et tremor venerunt super me, et contexerunt me tenebræ. (*Ps.* 54.)

minará de suplicio en suplicio y de padecimiento en padecimiento. Todos sus pasos serán marcados con oprobios; todos los instantes que le restan aun de vida serán colmados de amargura, de afliccion y de dolor. El camino desde Gethsemaní al Calvario será una larga serie de ultrajes, de insultos, de tormentos y de martirios los mas atroces; los preludios de la inmolacion del Salvador serán tan acerbos y tan crueles como la inmolacion misma. Pues bien, á vista de tantos males que se presentan tan terribles y de una manera tan minuciosa y tan viva en la imaginacion del Redentor, la repugnancia y el terror agitan su apetito sensitivo, un sentimiento de horror se apodera de su humanidad santa; y se ve poseido por las angustias y por los temores mas terribles : *Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

Mas, ¿és verosímil, se nos dirá, que Jesucristo esperimentase á vista de la muerte una tristeza tan grande, una repugnancia tan violenta y un terror tal, que muchos cristianos no lo han esperimentado en semejantes circunstancias? Esos sentimientos, que podrian perdonarse á un hombre vulgar, ¿no son humillantes para un sábio? ¿No son indignos absolutamente de un Redentor Divino que se ofrece él mismo á la muerte por la gloria de Dios y la salvacion del mundo? Si Jesucristo no pudo evitar esas pasiones, ó alejarlas de sí, no es Dios. Y si es verdaderamente Dios, no puede comprenderse que, habiendo podido evitar en sí esos movimientos, los sufriese; y no es menos incomprensible que pudiendo eximirse de ellos, se sometiese á unas angustias que, desgarrando su corazon, rebajan su dignidad y empañan su gloria. Tal es la dificultad que presentan ciertos hombres temerarios, ó mas bien insensatos, que osan medir con la estrecha capacidad del pensamiento humano la altura y la profundidad de la caridad divina. Mas, si se considera á la luz del Evangelio y de la tradicion el misterio de la tristeza y del horror que el Salvador esperimentó en el huerto de las Olivas á vista de la muerte, se reconocerá que esos rasgos de semejanza que Jesucristo tuvo con nosotros, nos eran útiles y necesarios, y que fueron asimismo dignos de un Redentor Divino, resuelto á darnos todas las pruebas posibles de su misericordia : *Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.* Guiados por esta luz vamos á penetrar en las profundidades de este misterio.

En primer lugar es indudable, segun Sto. Tomás, que las afecciones del apetito sensitivo por las que Jesus apareció agitado, aterrado

y afligido, fueron y pueden ser llamadas, con toda propiedad, verdaderas pasiones del alma (1).

En segundo lugar es igualmente cierto que esas pasiones y esos sentimientos nos obraron solamente en el apetito sensitivo, sino tambien en el alma Divina del Redentor, supuesto que él mismo dice que su alma está triste. Además, él las esperimenta tambien en su voluntad, al menos en cuanto á la parte inferior, supuesto que él mismo añade: Hágase tu voluntad, Padre mio, y no la mia: *Non mea voluntas, sed tua fiat.* Esto significa claramente, como observa el intérprete, que hubo en su voluntad humana una tristeza y un temor natural de la muerte, y que él hizo un verdadero acto de voluntad al pedir que se le librase de ella (2).

Ultimamente, no puede dudarse, añade S. Leon, que esas pasiones fuesen en Jesucristo pasiones reales, verdaderas pasiones humanas. Porque el Salvador esperimentó nuestra melancolía entristeciéndose, del mismo modo que sintió nuestra confusion al sufrir los menosprecios, y nuestro dolor cuando fué clavado en la cruz (3). De otro modo, su semejanza con nosotros no hubiera sido exacta y perfecta como debia ser: *Debuit per omnia fratribus similari.*

Guardémonos sin embargo de deducir de todo esto que Jesucristo, al abandonarse realmente á la tristeza de nuestra humanidad, se afligiese de la misma manera que nosotros. La perfeccion de su semejanza con nosotros exigia sin duda una conformidad entera con nuestra naturaleza, mas no se sigue de aquí que debiese participar de nuestro pecado, ni de sus consecuencias. Del mismo modo que el Hijo de Dios se habia vestido verdaderamente de la carne de Adan con exclusion del pecado, del mismo modo habia aceptado realmente nuestras pasiones, pero no el desórden de ellas. Ved aquí por qué estas mismas pasiones, tan humillantes para nosotros en su principio, en sus efectos y en su fin, fueron, respecto á estas tres circunstancias, una gloria para Jesucristo en su humillacion misma (4).

Las pasiones son humillantes en nosotros en su principio, porque nacen en nosotros sin nuestro consentimiento. Llegamos á percibir una cosa que no es agradable ó molesta, que es favorable ó con-

(1) Propriissime dicuntur passiones animæ affectiones appetitus sensitivi, quæ in Christo fuerunt. (3. *p. q.* 15. *a.* 4.)

(2) Voluntate ergo sua tristatus est, et voluit à morte liberari (*In* 26. *Matth.*)

(3) In nostra est humilitate contemptus; in nostra est mœstitudine contristatus; in nostro est dolore crucifixus. (*Serm. VII. de Pass.*)

(4) Christi passiones et posteriores glorias. (*Petr.* 1.)

traria á nuestro bien moral ó material, y no está en nuestro poder impedir que independientemente de nuestra voluntad, y muchas veces tambien contra nuestra voluntad, el amor ó el odio, la alegría ó la tristeza, el atractivo ó la repugnancia, el deseo ó el temor se despierten en nuestro interior. Así pues, esos sentimientos que esperimentamos en nosotros, y que sufrimos en cierto modo, no se designan con el nombre de *acciones*, sino con el de *pasiones*.

Mas, estas pasiones, en cuanto á su principio no fueron involuntarias en Jesucristo; ellas fueron un efecto de su eleccion, y por consiguiente no fueron humillantes para él. En efecto, los evangelistas no dicen que Jesus *temió*, que *se afligió* ni que *se entristeció*. Ellos se valen de estas espresiones: Jesus *principió* á temer, á ser abrumado por el tédio y á entristecerse (1). Esto significa claramente, segun Cornelio á Lapide, que el Salvador se turbó libremente y por su propia voluntad, y no á pesar suyo ni por un efecto necesario de la prevision de sus penas (2). S. Ambrosio habia dicho tambien que en tanto que nosotros sufrimos nuestras pasiones por una triste necesidad de nuestra naturaleza corrompida, Jesucristo se sujetó á ellas por la fuerza de su voluntad (3).

Y en efecto, el alma santa del Salvador fué adulta desde el instante mismo de su concepcion. Ella vió siempre de la manera mas clara y distinta en la persona divina del Verbo, á la que estaba hipostáticamente unida, todos los tormentos, todos los sufrimientos, todos los horrores de su pasion y de su muerte. Sin embargo, los sentimientos que esta vista terrible y esta aprehension funesta hubieran debido escitar naturalmente en su apetito sensitivo, la tristeza y el tédio, el espanto y el horror, no se apoderan de su alma sino en el dia de hoy, porque solo en este dia es cuando él consiente que se eleven en su interior, por lo menos, en el grado de intensidad que se advierte en su agonía. Así como una sola vez, en el Tabor, permite que el gozo beatífico que esperimentaba su alma en la vision de Dios resplandeciese en todo su cuerpo; del mismo modo una sola vez, en el huerto de las Olivas, permite que su sensibilidad fuese asaltada por la tristeza, el horror y el temor, á vista de los ultrajes y de los tormentos que le esperaban. Para asemejarse á los demás

(1) Cœpit pavere, tædere et mœstus esse.

(2) Cœpit, id est, ultro et sponte sua; voluntarie et libere, non coacte, non invite. (*In Matth.*)

(3) Habemus nos hujusmodi affectus ex humanæ conditionis necessitate; Christi Domini infirmitas fuit ex voluntate.

hombres, debió participar verdaderamente de todas las enfermedades del hombre: *Debuit per omnia fratribus similari*. Mas, él permaneció siempre, dice S. Agustin, dueño de sus sentimientos y no los dejó desarrollarse en él sino porque quiso, cuando quiso y como quiso, porque era Dios. El se turbó y se entristeció como hombre, pero con la misma libertad y la misma independencia con que se habia revestido de la naturaleza humana, con que daba su vida por el hombre. El espanto, lo mismo que la muerte, no se acercó á él sino temblando, por decirlo así, y cuando él mismo le dió órden para que se acercase (1).

Pero si el alma de Jesus, se me podrá decir, gozaba de la vision clara de Dios, cuyo efecto es alejar todas las penas y derramar en nosotros torrentes inagotables de delicias, ¿cómo pudo el Salvador esperimentar un dolor tan intenso y una tristeza tan viva, que era capaz de causarle la muerte (2)? Aquí no hay nada que deba sorprendernos, responde S. Agustin. La flaqueza de Jesus al lado de su virtud divina, la indecible tristeza que esperimentó al lado de un gozo infinito, fué un efecto milagroso de su poder sin límites (3). Con la misma libertad y el mismo poder con que impidió que su bienaventuranza reflejase sobre su cuerpo, á fin de poder sufrir y morir físicamente, impidió tambien que su gozo Divino irradiase sobre su alma, á fin de poder sentir como nosotros la afliccion y los dolores morales. Estas pasiones, pues, fueron tan gloriosas para él en sus principios, como humillantes son para nosotros. Fueron sin duda pasiones naturales al hombre, supuesto que Jesucristo era verdadero hombre; sin embargo, ellas fueron, dice San Pedro Damian, superiores á la naturaleza humana. La flaqueza es la que próduce nuestras pasiones; el poder fué el que produjo las de Jesucristo. Ellas reinan generalmente sobre nuestros corazones; ellas obedecian siempre á Jesus. Ellas previenen en nosotros la razon; ellas la seguian en Jesucristo. Ellas nacen dentro de nosotros independientemente de nuestra voluntad; ellas no se elevan dentro de Jesucristo, sino cuando él lo manda. Ninguna cosa en él es efecto de la necesidad; todo es efecto del poder y de la libertad: el hambre y la sed fueron en él males voluntarios, lo mismo que la tristeza y el

(1) Hos motus ita cum voluit suscepit animo humano, sicut cum voluit factus est homo. Qua potestate mortuus est, eadem est potestate turbatus. (*De Trinit. lib.* 14; *et in Joann.* 60.)

(2) Tristis est anima mea usque ad mortem.

(3) Ejus infirmitas fuit ex potestate. (*Contr. Faust.*)

terror (1). ¡Oh! ¡cuán augusto, cuán admirable y magnífico es todo cuanto hay en Jesucristo! ¡Cuánto órden, cuánta armonía y cuánta perfeccion reina en esta hipóstasis Divina! Las inefables prerogativas de la Divinidad no impiden las flaquezas de la humanidad, ni las miserias del hombre degradan la majestad ni la grandeza de Dios. ¡O amable Jesus! ¡Cuán digno sois, en vuestras mismas humillaciones, de nuestro culto, de nuestra admiracion y de nuestro amor (2)!

Las pasiones son humillantes para nosotros, no solo en sus principios, sino tambien en sus efectos. ¡Cuán desgraciados somos los mortales! No es bastante que las pasiones se antepongan en nosotros á la razon, es necesario tambien que la ofusquen, ellas no se contentan con ajar nuestra voluntad, sino que llegan tambien á debilitarla; no solamente turban ellas el corazon, sino que muchas veces le tiranizan, le arrastran al mal y no le dejan mas libertad que la que es necesaria para que se haga culpable. ¡Cuántos criminales designios nos inspira el deseo de las riquezas, de los placeres y de las dignidades, y el temor de la pobreza, de los sufrimientos y de la deshonra! ¡Cuántos crímenes no nos aconsejan nuestras pasiones! ¡Cuántas bajezas y cuántas infamias no nos hacen cometer! ¡Cuántos vicios no produce el respeto humano, por ejemplo; y cuántas virtudes no ahoga, especialmente en el corazon de las mujeres y de los jóvenes! No hay duda que muchas veces nuestras pasiones son naturales y legítimas, como por ejemplo, el amor de la vida y el temor de la muerte; pero muchas veces tambien se ha visto que este amor de la vida y este temor de la muerte ha impelido el alma fuera de sí misma. ¡Cuántos apóstoles se han hecho desertores y perjuros bajo el imperio de esta pasion! ¡Cuántos mártires se han hecho apóstatas! ¡Cuántas vírgenes se han olvidado de la virtud! ¡Cuántas esposas han despreciado sus deberes! ¡Cuantos cristianos han caído en la infidelidad! No sucedió así con las pasiones de Jesucristo; dóciles y sumisas en sus principios, fueron tambien inocentes, puras y santas en sus efectos.

Observad, os ruego, el relato que los evangelistas nos hacen de la tristeza y del pavor de Jesus en el huerto de las Olivas. Todas las palabras de que se valen, observa el intérprete, espresan el dolor

(1) Supra naturam fuerunt, quia non præcedebant in eo voluntatem. Nihil enim coactum in Christo, sed omnia voluntaria fuerunt. Volens enim esurivit, timuit, tristatus est. (*De Fide, libr.* 3.)

(2) Gloriamur in Christo Jesu. (*Philip.* 3.)

con una especie de *énfasis* (1). Estas palabras mismas del Salvador: *Mi alma está triste hasta la muerte*, significan claramente: El temor de los tormentos y de las ignominias que me aguardan me llena de tristeza; mi terror es tan vivo, y ha penetrado y quebrantado mi alma de tal modo, que si de ella desbordase sobre mi cuerpo, seria suficiente para hacerme morir. Yo esperimento una melancolía y un abatimiento semejantes á los que esperimenta un hombre que lucha con la muerte. Yo siento que mis fuerzas me abandonan, que mi vida y mi alma se separan de mí, y me parece que me muero por la violencia sola de mi dolor. Estas palabras del Salvador: Mi alma está triste hasta la muerte, tienen, segun S. Hilario, esta significacion. Tal es el terror que esperimento en el fondo de mi corazon que, si la presencia de mi virtud divina no viniera al socorro de mi flaqueza humana, no podria sobrevivir á él, sino que deberia necesariamente morir (2). Y sin embargo, ¡o grandeza de alma de Jesus! Todo está perfectamente ordenado en el autor del órden. Sufrimientos escesivos en la parte sensitiva é inferior, y libertad perfecta y absoluta en la parte superior y racional. Su tristeza es profunda y su resolucion es firme. Este dolor tan agudo y tan penetrante no turba en manera alguna su razon; no disminuye su fortaleza; no perjudica su poder; ni quebranta en manera alguna su propósito generoso de caminar á la muerte por nosotros. Muy pronto le oiremos, en la suplica sublime que dirige á Dios su Padre, tener horror á la muerte y desearla, palpitar de temor á vista de ella y aceptarla gozoso (3). Nosotros le veremos retroceder ante la imágen de la muerte y salir al encuentro á los que vienen á dársela (4). ¡O dichosas pasiones de mi Salvador! La razon les da su vehemencia, y la razon les asigna sus límites, de modo que no se dirigen á ningun fin que no sea santo, sublime y divino. ¡O pasiones puras que lejos de humillar al mediador de los hombres, no hacen otra cosa que honrarle manifestando su divinidad, al mismo tiempo que revelan su perfecta semejanza con el hombre! *Debuit per omnia fratribus simulari.*

Finalmente, las pasiones son humillantes para nosotros, no solo en sus principios y en sus efectos, sino tambien en su objeto y en su

(1) Singula verba habent emphasim doloris. (*In* 26 *Matth.*)

(2) Tristis est anima mea, etc. id est: Tanta est animæ meæ tristitia, ut, nisi virtus divina perseveraret, me perduceret usque ad mortem. (*In* 26 *Matth.*)

(3) Transeat a me calix iste. Verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.

(4) Surgite, eamus hinc.

fin. Nuestros temores y nuestras esperanzas, nuestra tristeza y nuestra alegría, nuestra repugnancia y nuestros deseos tienen generalmente un objeto frívolo. Nosotros nos inquietamos muchas veces por males puramente quiméricos, ó por bienes que no tienen realidad alguna, y que con frecuencia son funestos. Nosotros tememos la pobreza, que nos causa una humillacion saludable; la tribulacion, que nos conduce al aislamiento; la humillacion, que nos cura del orgullo; las enfermedades, que evitan en nosotros el pecado; y la muerte, que nos asegura una vida inmortal (1). Por el contrario, amamos y buscamos las riquezas, que corrompen nuestro corazon; los placeres, que nos debilitan; la gloria, que nos embriaga y la prosperidad, que nos pierde. Muchas veces tambien solo se dirigen las pasiones á un objeto culpable. Efectivamente muchas personas no temen otra cosa que la virtud, no aman otra cosa que el vicio, ni se proponen otro fin, en sus afecciones, que arrebatar el bien, empañar el honor y destruir la vida de sus semejantes.

Mas, ¿qué objeto tuvieron las pasiones humanas en Jesucristo? S. Pablo nos lo enseña con estas palabras: Jesus, dice, tuvo siempre un fin sublime, puro y digno de un Dios; jamás tuvo otro móvil que la misericordia y el amor: *Debuit per omnia fratribus simillari.*

Santo Tomás, de acuerdo con los santos Padres, afirma que las pasiones de nuestro Salvador tuvieron tres fines principales: el primero, satisfacer á Dios por los pecados del mundo; el segundo, proporcionarnos un remedio contra nuestras pasiones; y el tercero, probarnos la verdad de su humanidad. Yo tendré ocasion de desenvolver cumplidamente los dos primeros motivos en el curso de estas conferencias. En este dia me limitaré únicamente al primero, y procuraré haceros comprender cuán importante es para nosotros este motivo, y cuán digno es de la bondad de nuestro divino Maestro: *Ut misericors fieret.*

Notad, en primer lugar, estas palabras de S. Pablo: Jesucristo, dice, *debió* hacerse semejante en todo á los hombres, con los cuales quiso tener á Adan por padre. Esto quiere decir que no fué solo por simpatía ó por afecto por lo que quiso tener con nosotros una perfecta semejanza y tomar nuestras pasiones, como lo haria un hijo de un rey que, arrastrado por su inclinacion á un esclavo, adoptase su lenguaje y sus modales y se hiciese semejante á él. Por el contrario, la palabra *debuit, debió*, implica una especie de necesidad. Significa

(1) Illic trepidaverunt timore ubi non erat timor. (*Ps.* 13.)

que habiendo concebido el Salvador, en la inmensidad de su amor y en la plenitud de su libertad, el designio de revestirse de nuestra mortalidad para salvar á los hombres, fué necesario que se hiciese en todo semejante á ellos; porque solo de este modo es como podia darles una prueba sensible de su misericordia: *Debuit per omnia fratribus simillari, ut misericors fieret.*

Para comprender esto, recordemos, dice S. Agustin, que el pecado de Adan era de tal naturaleza que solo el hombre que lo habia cometido podia expiarlo; pero que al mismo tiempo, solo un Dios era el que podia satisfacer dignamente á Dios por este mismo pecado (1). La verdad de la Redencion depende por consiguiente de la verdad de la Encarnacion. Si el Verbo de Dios no tomó verdaderamente la naturaleza del hombre, esta naturaleza desgraciada no oró ni sufrió ni satisfizo en él; ella es estraña á la accion reparadora del Divino Mediador; ella no tiene parte alguna en su sacrificio; ella no ha sido rescatada.

Si el Verbo eterno no vistió la naturaleza humana sino en apariencia, su redencion, lo mismo que su naturaleza, es una cosa ilusoria. Sin embargo, esclama S. Leon, nosotros hemos sido verdaderamente rescatados; porque de nuestro mismo redil fué escogida la víctima que se inmoló en el Calvario. Esa carne inmaculada engendrada por una Madre vírgen, y clavada despues en la cruz por la impiedad de los judíos, nos pertenece, y es verdaderamente nuestra. Jesucristo en su pasion ha defendido nuestra misma causa, porque reunia en sí, y representaba bajo una forma real la naturaleza de todos los hombres, á escepcion del pecado (2).

El Verbo de Dios era al mismo tiempo verdadero hombre. Esta es una verdad consoladora, y tanto mas importante cuanto que es el fundamento de todo el Cristianismo. Así es que el Salvador la quiso hacer de una evidencia incontestable, mostrándose á vista de la muerte, accesible á la tristeza, al tedio y al temor. Tal es al menos la comun opinion de los padres. Oigamos á algunos de ellos.

Antes de morir podia Jesus, si tal hubiera sido su voluntad, dice S. Agustin, haber alejado de sí la tristeza; pero quiso pasar por esta prueba para mostrarnos que tenia en sí la naturaleza flaca del

(1) Peccatum Adæ tantum erat ut illud non deberet solvere nisi homo; sed non posset nisi Deus.

(2) Nostrum est quod peperit materna Virginitas; nostrum est quod hebraica crucifixit impietas. Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (*Serm. VIII, et XIII.*)

hombre, de la que es propio afligirse bajo el peso de la tribulacion y bajo el golpe de la muerte (1).

S. Juan Crisóstomo es todavía mas explícito. Para condenar de antemano la impiedad de los herejes *fantásticos*, que sostenian que Jesucristo solo habia tenido un cuerpo aparente y fantástico, nuestro Redentor se sometió á sufrir todos los males de nuestra condicion; él esperimentó el hambre, la sed y la fatiga; él sufrió á la hora de la muerte nuestra repugnancia y nuestras angustias. En una palabra, él padeció absolutamente como un hombre para convencernos de que habia tomado una verdadera humanidad (2).

Observad tambien que el Salvador no dijo: *Yo estoy afligido*; sino: *Mi alma está afligida*: palabras admirables y llenas de sabiduría, en opinion de S. Ambrosio. En efecto, valiéndose Jesus de este lenguaje, nos ha revelado por una parte, que habia en él, ademas del alma, el *yo* ó la persona del Verbo, á la que su alma y su cuerpo estaban sustancialmente unidos, y esta es la razon porque dijo *mi alma*; y que por consiguiente la tristeza estaba en la naturaleza humana y no en la naturaleza divina. Por otra parte nos ha hecho ver que al hacerse hombre, no solo tomó un cuerpo, sino tambien un alma humana, en una palabra, que vistió una humanidad perfecta como la nuestra (3).

Ved aquí finalmente como se espresa S. Hilario: Jesucristo se manifestó triste, horrorizado y afligido; él vertió lágrimas, no para recibir alguu consuelo de parte de los hombres, sino para revelar á los hombres un grand misterio. Al esperimentar esas flaquezas, esas afecciones puramente humanas, quiso convencernos de la realidad de su humanidad (4).

Deduzcamos de todo esto, añade S. Agustin, que al someterse Jesucristo á estas pruebas de nuestras enfermedades, lo mismo que al revestirse de nuestra carne, no ha sido obligado por una necesidad de la naturaleza, sino por un esceso de misericordia (1).

(1) Moriturus potuit utique sine tristitia esse; sed portabat infirmitatem eorum qui instante tribulatione et morte contristantur. (*In Ps.* 30.)

(2) Ut ne phantasma putaretur, permittit carnem suam ferre naturales defectus: esurire, sitire, laborare, auxiari. Humana sustinet, ut veram carnem se habuisse demonstret. (*Homil.* 48. *in Matth.*)

(3) Tristis est, non ipse, non divina substantia, sed anima: suscepit enim animam meam sicut et corpus meum. (*Lib.* 10. *in Luc.*)

(4) Christus non sibi flevit, sed nobis: ut assumpti hominis veritatem ipse quoque affectus humanæ consuetudinis protestaretur. (*De Trinit.* 10.)

Y bien, ¿cómo nos convenceríamos, prosigue S. Ambrosio, de que Jesucristo es nuestro Redentor, y de que sufrió por nosotros, si hubiera rehusado asemejarse á nosotros, y hubiera desdeñado nuestros sentimientos como indignos de él (2)? Desde el instante en que él se sometió al terror y á la tristeza, que son propias del hombre enfermo, cuantos menos motivos tenia para temer y afligirse por sí mismo, tanto mas ciertos estamos de que se afligió y temió por nosotros (3). Si no supiéramos que Jesucristo es Hijo de Dios no podríamos conocer si la idea de los tormentos de que estamos amenazados fué la que le hizo sufrir aquella tristeza mortal que descubrió con tanta confianza á sus discípulos; mas como sabemos que es Hijo de Dios y verdadero Dios y feliz por consiguiente en sí mismo, podemos deducir, al verle triste y lloroso, que él no se aflige sino por nosotros, y que sus lágrimas no corren sino por nosotros (4). Como verdadero cristiano no me ruborizo yo de la tristeza de Jesucristo, así como tampoco me ruborizo de su cruz; yo publico que mi Salvador se afligió, lo mismo que digo que fué crucificado, sin que mi confianza se aminore por eso, porque su afliccion y su cruz me prueban igualmente que el misterio de la Encarnacion no fué una apariencia sino una verdad, y que el motivo principal que le impulsó á obrar fué el amor que me tenia (5).

Mas, el motivo de misericordia, que hizo temblar al Salvador á vista de la muerte, es de tanta importancia respecto á la dignidad del mismo Salvador y respecto á nuestra fe y á nuestra esperanza, que exige de nosotros una esplicacion mas estensa.

Observemos á este propósito con S. Agustin que el temor de la muerte nos es efecto de una vana opinion ó de una preocupacion funesta; sino que es un sentimiento natural al hombre, y *que ha tenido por autor al mismo Dios* (6). Si la muerte fuera en sí una cosa agradable ó indiferente, la gloria de los mártires seria quimérica, pues que no habrian hecho á Dios otro sacrificio que el de un vano

(1) Hos humanæ infirmitatis affectus, sicut ipsam carnem ac mortem, non conditionis necessitate, sed misericordiæ voluntate suscepit. (*In Ps.* 87.)

(2) Quomodo dolebat meo vulnere, si meum non gerebat affectum? (*In Ps.* 61.)

(3) Ergo pro me doluit, qui pro se nihil habuit quod doleret. (*In Luc.*)

(4) Tædio meæ infirmitatis afficitur; suscepit tristitiam meam. (*In Luc.*)

(5) Confidenter tristitiam nomino, quia crucem prædico: neque enim speciem incarnationis sumpsit, sed veritatem. (*Ibid.*)

(6) Mortem horret non opinio, sed natura. (*Serm. CLXII, de Verb. Ap.*)

terror (1). Pero no es así; por el contrario, el enemigo mas formidable, que los mártires tuvieron que vencer al confesar la fe, fué el amor de la vida. Este amor vivia siempre en el fondo de sus corazones, aun ante la perspectiva de una felicidad eterna, en cuya posesion iban á entrar al dar la vida por Jesucristo. Triunfando de este amor por amor de Jesucristo fué como tantos cristianos merecieron la gloria del martirio; y por no haberlo sabido ó no haberlo querido vencer fué por lo que otros cayeron en una malhadada apostasía.

Si el deseo de la muerte es un sentimiento comun á todas las almas santas y perfectas, todas ellas sin embargo esperimentan al acercarse un horror instintivo y secreto. En tanto que esclaman con S. Pablo: *¡Desgraciado de mí que soy hombre! ¡Cuándo me veré libre de este cuerpo de muerte* (2)! una voz secreta de la naturaleza parece que protesta contra este generoso deseo, y repite con el mismo apóstol: *Yo no quisiera sin embargo ser de pojado de mi cuerpo; yo desearia que lo que hay en él de corruptible fuese absorbido por la vida ó por la gloria celestial, y con la inmortalidad viniese á cubrirme como una vestidura nueva, sin que tuviera necesidad de despojarme de la antigua* (3). Esto equivale á decir, segun observa San Juan Crisóstomo, que los santos desean sin duda una vida mejor que los una á Jesucristo, pero que no desean la muerte por sí misma. Si ellos la invocan, es por el deseo que tienen de verse libres de la corrupcion y de la concupiscencia que se ocultan en su cuerpo y que son obra del pecado; pero no odian el cuerpo que es obra de Dios. Ellos quieren despojarse de lo que les es estraño, mas no quieren que se les arrebate lo que les es propio (4). Si es un deber para nosotros aceptar la muerte con resignacion, como una pena que Dios ha impuesto con justicia al hombre para que expie su pecado, si es un acto de caridad sublime descarla, á fin de unirse cuanto ántes á Jesucristo para siempre; sin embargo, esperimentar el horror á ella es un sentimiento natural y legítimo; y el efecto de un noble

(1) Si nulla esset mortis, aut parva molestia, non esset tam magna Martyrum gloria. (*Tract.* 123 *in Joann.*)

(2) Infelix ego homo! Qui me liberabit de corpore mortis hujus! (*Rom.* 7.)

(3) Nolumus expoliari, sed supervestiri, ut absorbeatur quod mortale est à vita. (*II. Cor.* 5.)

(4) Non carnem volumus deponere, sed corruptionem; non corpus, sed mortem: Nam corpus est opus Dei; corruptio et mors sunt à peccato invectæ. Ait igitur Paulus: id quod alienum est exuere volo, non quod proprium. (*Serm. XXXIII, de Resur.*)

instinto que nos recuerda que fuimos destinados en un principio á la inmortalidad. Porque aun cuando el pecado nos haya despojado de este glorioso privilegio, no dejamos por eso de aspirar á él, así como el hijo desheredado pierde sus derechos á la sucesion paterna, pero no el deseo de obtenerla. De modo que si se esceptúan los casos en que el hombre es impulsado al suicidio por algun desarreglo de sus facultades intelectuales ó por una fria desesperacion, no puede arrancarse enteramente de su corazon, dice Sto. Tomás, el deseo de vivir, y por consiguiente la muerte es siempre para él un objeto natural de horror (1).

Esto supuesto, Jesucristo esperimentó un terror mortal en presencia de la muerte, para convencernos, dice S. Juan Crisóstomo, por este sentimiento natural al hombre, que habia tomado realmente nuestra mortalidad, y que era, como nosotros, hijo de aquel Adan cuyo pecado se disponia á expiar (2).

Los mártires podian con toda seguridad desplegar su fortaleza, insultar á los tiranos y manifestar un gozo sincero y una calma perfecta en medio de los suplicios mas atroces; ellos podian mirar con intrepidez los crueles aparatos de la muerte; nadie podia dudar que ellos eran verdaderos hombres. Mas, si á vista de una muerte afrentosa, precedida de los tormentos y de los oprobios de una pasion no menos dolorosa, no hubiera manifestado Jesucristo ninguna señal de dolor, de tristeza ni de espanto, los herejes hubieran abusado de esta circunstancia. Ellos hubieran pretendido que su humanidad no era semejante á la nuestra; que ella era aérea ó aparente, espiritual o celestial, y por lo mismo impasible. Porque si, á pesar de todas las pruebas que el Salvador dió de la realidad de su carne, se encuentran todavía herejes que se han atrevido á negarla; hasta qué punto no hubieran llevado su temeridad si Jesucristo se hubiera mostrado impasible ó indiferente á vista de la muerte?

Esta reflexion es de S. Juan Crisóstomo, el cual se espresa en estos términos: Si la malicia del demonio se atrevió á negar la verdad de la naturaleza humana de Jesucristo por el órgano de Marcion, de Valente, de Manés y de tantos otros novadores impíos; si él procuró tambien destruir por su base todo el misterio de la Redencion, á pesar de que los sufrimientos esperimentados por Jesucristo, su muerte y su sepultura demuestran que es hombre; ¿qué estragos tan

(1) Naturaliter vitam perpetuo remanere vellemus; et amissio vitæ corporalis naturaliter est horribilis humanæ naturæ. (3. *p. q.* 46. *a.* 6.)

(2) Mortem recusat, id quod est humanum ostendens. (*In Matth.* 26.)

terribles no hubiera hecho en el mundo este funesto frenesí, si el Salvador no se hubiera dignado demostrarnos con unas pruebas tan multiplicadas y tan palpables la realidad de su humanidad (1)?

En vista de esto se comprendera fácilmente por qué Jesus, dejando á los demás apóstoles á la entrada de Gethsemaní, entra en el huerto acompañado solo de Pedro, Santiago y Juan, y por qué solo á presencia de estos se turba, se entristece y se amedrenta. Recordemos en efecto, que los tres discípulos que el Salvador elige para que sean testigos de sus angustias en el huerto de Gethsemaní, son los mismos que habia elegido para testigos de su gloria en el Tabor. Jesus, observa Teofilacto, elige por testigos de su agonía los mismos apóstoles que lo habian sido de su Transfiguracion, para que pudiesen protestar ante el mundo entero que habian visto con sus propios ojos á este divino Redentor radiante de luz, y cubierto de sangre, rodeado de los homenajes de Moisés y de Elías, y en la actitud de un hombre que implora la piedad de sus semejantes, para probar de este modo que aquel á quien habian oido proclamar Hijo amado de Dios por boca de Dios mismo, era tambien verdadero hombre (2).

Se admiran algunos del cuidado minucioso que los evangelistas, discípulos de Jesus, tuvieron en referir todas estas particularidades tan humillantes á primera vista, y capaces de eclipsar la gloria de su Divino Maestro, y de rebajar la idea que su amor y su celo habian procurado hacernos formar de él. Se pregunta con sorpresa por qué ellos han representado á Jesucristo con unas disposiciones menos perfectas en apariencia, que las que muchos cristianos han manifestado cuando se han visto luchando con la muerte. Mas toda admiracion debe cesar en vista de lo que acabamos de decir. Porque en estos rasgos debemos reconocer la ingenuidad de los evangelistas, lo mismo que la verdad y la divinidad del Evangelio. En efecto, esos historiadores, que no toman la pluma sino para ensalzar á sus héroes, aun á espensas de la verdad, no hubieran pintado al Redentor del mundo abrumado bajo el peso de su tristeza y de su afliccion, como el mas débil de los hombres. Lejos de hablar de su abati-

(1) Si malignum os diaboli, per Marcionem, per Valentinum Manichæum et alios plures, doctrinæ œconomiam, quantum in ipso fuit, potuit subvertere, tametsi et passiones et mors et sepulchrum reclament; si nihil horum contigisset nonne multo amplius diabolus hæc dogmata disseminaret? (*In Matth.* 26.)

(2) Illos tres tantum assumit, qui gloriæ ejus in monte Thabor spectatores extiterant; ut qui gloriosa viderant, viderent etiam tristia, et addiscerent quod verus erat homo in hoc quod tristatur. (*In Matth.*)

miento y de su terror, hubieran ponderado su intrepidez y su valor, y nos lo hubieran presentado bajo un aspecto mas conforme, segun los juicios humanos, á su alta dignidad. Pero no fué este el método que usaron los evangelistas. Con un espíritu superior á todos los pensamientos humanos, han dicho de Jesucristo lo que ningun discípulo se hubiera atrevido á decir de su maestro. Es claro pues, que estos santos historiadores esperaban el fruto de la historia que referian para gloria de su maestro, no del artificio de la retórica y de la poesía, sino de la fuerza de la fe y de la verdad; es claro que ellos escribian bajo la inspiracion de Dios, y no bajo la inspiracion de los intereses y de los cálculos humanos; es claro que el Espíritu Santo ilustraba su espíritu y guiaba su palma; en una palabra, que el autor del Evangelio es el mismo Dios que forma el objeto y es el héroe del Evangelio.

¡Gracias os sean dadas, ó santos Evangelistas, por habernos trazado la historia del Hombre-Dios y referido sus dolores con un candor y una sencillez que nada tienen de humano! La revelacion de las flaquezas del Salvador nos era tan necesaria como la de sus glorias; las unas y las otras sirven igualmente para consolidar nuestra fe. ¡Gracias os sean dadas, porque no os detuvo la idea de que este relato pudo ser un escándalo para el orgullo de los incrédulos, y porque solo pensasteis en la instruccion de los humildes, y en la edificacion de los fieles! ¡Graccias os sean dadas en fin, por habernos hablado de la tristeza del Salvador y de su cruz, y por no haberos ruborizado de su flaqueza ni de su suplicio! ¿Y cómo podiais haberos ruborizado de ello? Bajo esta ignominia aparente de nuestro Salvador, habeis descubierto, por el contrario, el sublime misterio destinado á permanecer oculto eternamente al orgullo; el secreto profundo de la sabiduría y del amor de Dios, que quiso salvar el mundo por los oprobios de su cruz. Esta importante leccion no será perdida para nosotros. Nosotros participamos tambien de vuestras intenciones y de vuestros sentimientos con las disposiciones de una fe humilde como la vuestra; nosotros colocamos, á ejemplo vuestro, toda nuestra esperanza y toda nuestra gloria en las humillaciones de Jesucristo, y nos confesamos altamente convencidos de que un Dios Redentor debia mostrarse en todo enfermo y flaco como nosotros, para hacernos conocer y esperimentar su misericordia: *Debuit per omnia fratribus simillari, ut misericors fieret.*

SEGUNDA PARTE.

Ya hemos visto al principio de esta conferencia la precision y claridad con que David habia anunciado en los salmos el misterio de la tristeza del Salvador en el huerto. Ahora añadimos que el mismo David, historiador fiel de Jesucristo, mas bien que su profeta, no solo anunció este misterio, sino que tambien presentó la figura de él en su persona. La Sagrada Escritura nos refiere que, saliendo de Jerusalen el santo rey, perseguido por Absalon su hijo ingrato y degenerado, caminaba á pié, con la frente encorvada por el dolor, sin llevar mas acompañamiento que las personas de su casa y el pequeño número de súbditos que le habian permanecido fieles. Todos le seguian derramando abundantes lágrimas (1).

Tambien nos dice la Escritura que al salir de Jerusalen el santo rey se dirigió hácia el arroyo Cedron. Despues de haber atravesado este torrente, subió al monte de las Olivas, con los piés desnudos y la cabeza descubierta, y se detuvo allí llorando para adorar á Dios y ofrecerle su humilde súplica (2). Pues bien, dice A. Lápide fundado en la opinion de los antiguos Padres, es imposible no ver en este cuadro el retrato anticipado de Jesucristo, que perseguido tambien por nuevos Absalones, por los Judíos, sus hijos ingratos y rebeldes, abandona á Jerusalen con un aire de tristeza profunda; él no va acompañado mas que de su pequeña familia, es decir, de los apóstoles, que participan de su aflicion; él atraviesa el mismo torrente Cedron, y va tambien á retirarse al monte de las Olivas, para orar allí en actitud de la mayor humildad y del mas vivo dolor (3).

Grocio, intérprete protestante, y por lo mismo nada sospechoso de misticismo, añade que Achitophel, el amigo antiguo y el consejero de David, á quien hizo traicion despues para hacerse consejero y guia de Absolon, fue la figura de Judas. En efecto, este pérfido discípulo hizo tambien traicion á Jesus, cuyo amigo habia sido, y sirvió de guia á los Judíos para que pudiesen apoderarse de la persona del Salvador, como lo habia aconsejado él mismo. Por

(1) Egressus est rex, et universa domus ejus pedibus suis omnesque flebant voce magna. (II. *Reg*. 15.)

(2) Transgrediebatur torrentem Cedron; ascendebat olivum olivarum, flens, et aperto capite, et nudis pedibus, adoraturus Dominum.

(3) David cum suis transgressus torrentem Cedron, fuit typus Christi, eumdem torrentem transgredientis. (*In Matth*. 26.)

otra parte, continúa el mismo autor, Absalon, indigno hijo de David y rebelde á su rey, fué la figura del pueblo judío, á quien el Señor, en la Sagrada Escritura, habia llamado *su hijo*, y que se reveló contra Jesucristo, su verdadero maestro y señor (1).

Pero del mismo modo que David, despues de la persecucion de Absalon, subió al trono y se afirmó en él; así Jesucristo, despues de la persecucion de los Judíos, estableció su reino sobre bases eternas: *Et regni ejus non erit finis*.

Y para que nada falte á la semejanza entre la figura y el original, debemos añadir que Achitophel, autor y complice de la rebelion de Absalon, y Judas, que habia animado la traicion de los Judíos, cayeron los dos en la desesperacion, y perecieron de la misma manera, estrangulándose con suspropias manos. Y finalmente, un acero vengador puso fin á los crímenes de Absalon dándole la muerte, así como la espada de los romanos destruyó al pueblo judío dispersando por el mundo sus desgraciados restos.

Mas, si David se mostró inconsolable en la muerte de Absalon no fué tanto, á mi parecer, por haber perdido su hijo amado, como porque, ilustrado por una luz profética, descubrió en el triste fin de Absalon la terrible figura del fin todavía mas triste del pueblo judío, que debia ser heredero de su castigo lo mismo que de su crímen. Por otra parte el dolor que David manifestó en esta ocasion fué tambien una figura de la tristeza mortal que Jesucristo esperimentó en Gethsemaní por la pérdida de su pueblo predilecto y la de los cristianos que habian de seguir su ejemplo.

Así pues, ¡desgraciados de vosotros, Absalones sensuales, ingratos y rebeldes, para quienes la santa tristeza de la piedad, las prácticas severas del Evangelio y el espíritu de sumision y de obediencia á la voluntad de vuestro Padre celestial, son cosas desconocidas! ¡Desgraciados de vosotros, los que solo pensais en aseguraros en el mundo una posicion cómoda y brillante, y en pasar alegremente vuestros dias en medio de los regalos y de los goces de la vida! Porque llegará un dia en que vuestra loca alegría y vuestras risas insensatas se convertirán para vosotros en un motivo de llantos eternos y de eternos dolores (2).

Mas por el contrario, los compañeros que habian permanecido

(1) David typus Christi; sicut perfidus Achitophel Judæ, ita Absalomus, ingratus et rebellis filius populi judaici imaginem gessit. (*In Joann*.)

(2) Væ vobis qui ridetis nunc! Quia flebitis. (*Luc*. 6.)

fieles á David, y que le habian seguido en su fuga y en su destierro, dividieron despues con él las comodidades del trono; y fueron por consiguiente una figura de los apostoles y de todos los verdaderos cristianos que, despues de haber estado asociados á la tristeza y al dolor de Jesucristo, participarán de su gloria y de su felicidad.

¡Dichosas pues las almas fieles, que animadas de un celo sincero por su salvacion eterna y de un amor ferviente por Jesucristo, procuran asociarse á sus amarguras! Sí, almas cristianas, vosotras seréis dichosas si cifrais vuestras delicias en la sociedad, si os encerrais lejos del mundo, en el silencio de la oracion, en medio de las lágrimas y de las mortificaciones de la penitencia; porque vuestra tristeza, vuestra palidez, vuestro recogimiento, vuestra humildad, vuestra modestia, vuestra reserva, vuestra delicadeza de conciencia, vuestra vida de sacrificio y de oracion, todas estas cosas de que el mundo se burla porque no conoce su valor ni su recompensa, serán convertidas un dia para vosotras en una alegría perfecta, en una gloria inmortal, que los mundanos podrán envidiaros, pero que jamás os podrán arrebatar (1).

El lugar mismo en que Jesucristo se turba y se entristece es un presagio tanto mas feliz para vosotras, cuanto mas funesto es para los pecadores. En efecto, el valle de Gethsemani, atravesado por las aguas del arroyo Cedron, es precisamente el valle de Josafat, como afirma el venerable Beda (2). ¡En este lugar pues, es donde embriagadas de gozo y circundadas de luz, veréis un dia, ó almas predestinadas, á los Absalones modernos, á los mundanos, muy diferentes de lo que son hoy! Al presente están entregados á la sensualidad, al orgullo y á la avaricia; ellos se muestran intratables, desdeñosos, crueles y sin pudor. Al presente, viles calumniadores de vuestras acciones, censores injustos de vuestra piedad, son los autores funestos de vuestra desgracia. Mas entonces los veréis humillados, degradados, postrados á vuestros piés, con el signo de la reprobacion en la frente, el sello de la ignominia en el semblante y la desesperacion en el corazon, esperar de vuestros labios la sentencia que ha de decidir de su desgraciada suerte por toda la eternidad (3).

(1) Tristitia vestra convertetur in gaudium; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis (*Joann.* 20.)

(2) Inter mœnia urbis et montem Olivetum est vallis Josaphat, interluiturque torrente Cedron.

(3) Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt. (*Sap.* 5.) Judicantes duodecim tribus Israel. (*Matth.* 19.)

¡Oh! cuán terrible será encontrarse entonces á la izquierda, entre los réprobos en compañía del demonio! ¡Y cuán dulce será estar á la derecha con Jesucristo y entre los escogidos! Ay! Supuesto que todavía es tiempo, hagamos un esfuerzo para asegurar desde hoy el puesto que desearemos ocupar en ese gran dia. Reunámonos para esto en torno de Jesucristo; deseemos humillarnos, sufrir y mortificarnos por él, y tendremos seguramente la dicha de reinar con él (1). De este modo reconoceremos por nuestra propia experiencia que las humillaciones y las miserias humanas, cuya prueba habia querido sufrir Jesucristo, fueron la condicion necesaria para que participásemos de su misericordia en esta vida y de su gloria en la otra: *Debuit per omnia fratribus simillari, ut misericors fieret.* Así sea.

(1) Si.... compatimur ut et conglorificemur. (*Rom.* 8.)

CONFERENCIA TERCERA.

La Oracion en el Huerto con relacion á Jesucristo.

Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.

Poniendo los ojos en Jesus, autor y consumador de la fe.

(Hebr. XII. 2.)

Mientras que la sabiduría del hombre no comunica sus lecciones sino por medio de la palabra, Jesucristo, la sabiduría de Dios, nos ha instruido tambien con sus obras. Ya ocho siglos ántes, habia anunciado Isaías que los hombres serian instruidos en la escuela del Mesías, no solamente escuchándole, sino tambien viéndole (1). Esta es la razon porque el apóstol S. Pablo nos exhorta á que nos acordemos siempre de las instrucciones salidas de la boca de nuestro Divino Maestro, y principalmente á que tengamos los ojos continuamente fijos en sus ejemplos; asegurándonos al mismo tiempo que estas miradas de piedad, de religion y de amor nos harán progresar mucho en la ciencia de la fe, y nos ayudarán á consumar la obra importante de nuestra salvacion: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.*

Nuestro misericordioso Salvador ejerció principalmente este divino precepto en el principio de su sagrada Pasion. En efecto, ¿hay cosa alguna que, á primera vista, nos parezca menos digna de un Dios Redentor que la oracion que hace en el huerto? Y sin embargo, en esta oracion, en la que parece que rechaza la muerte como el mas débil de los hombres, se muestra claramente verdadero Hijo de Dios y Redentor del mundo.

No haremos pues otra cosa en el dia de hoy que fijar con una piadosa atencion nuestras miradas en Jesus cuando ora; este será el modo de confirmarnos en nuestra fe, de abrasar nuestros corazones

(1) Et erunt oculi tui videntes præceptorem tuum. (*Is.* 30.)

en el amor de Dios, y de escitarnos á consumar con él la obra de nuestra salvacion.

PRIMERA PARTE.

Despues que el Salvador, en el Huerto de las Olivas, hizo conocer á sus discípulos, como dijimos ayer, el dolor que inundaba su alma, y les recomendó la calma, la vigilancia y la oracion, S. Mateo y S. Marcos nos dicen que se alejó un poco de Pedro, de Santiago y de Juan (1). Por una parte, dice Orígenes, se alejó á fin de quedar solo para orar; porque la soledad conviene especialmente al corazon afligido y al alma desconsolada, que procura encontrar el consuelo en el recogimiento y la oracion; mas por otra parte, se alejó poco, á fin de que los apóstoles pudiesen ser testigos de su aptitud y oir los acentos de su oracion para poder anunciar un dia los grandes misterios que le habian de ver obrar para la salvacion del mundo. S. Lucas se vale á este propósito de una espresion muy notable. Él dice que Jesus *se arrancó* de sus discípulos y se alejó de ellos á la distancia de un tiro de piedra (2) No hay en la Escritura Sagrada, dice S. Gerónimo, una sola palabra ni una sola letra que no haya sido colocada con intencion y por un justo motivo (3). Por consiguiente, al decir el Evangelista, no que Jesus *se alejó*, sino que *se arrancó* de la compañía de sus discípulos, espresion que en cierra una idea de benevolencia, de adhesion y de afecto, nos ha dado á entender claramente que Jesus se alejó de sus amados discípulos con pena y como por fuerza, y que este sentimiento procedia, no de que él tuviese necesidad de su compañía ni de sus consuelos, sino de que ellos mismos necesitaban de su presencia y de su apoyo. ¡O amable Jesus! Luego es verdad que si nosotros permanecemos en estado de gracia, si nos mostramos vuestros verdaderos discípulos, vos encontrais vuestras delicias en permanecer con nosotros! Luego es cierto que, no sin un disgusto amargo, os separais de nosotros cuando nuestra tibieza, nuestra ingratitud y nuestros pecados os obligan á alejaros de nosotros! Pero, ¡o misterio de misericordia inefable! Aun en este caso, Jesus no se aleja sino á una distancia corta, y de tal modo que podamos verle y ser vistos de él, oirle y

(1) Progressus pusillum. (*Matth.*) Cum progressisset paulum. (*Marc.*)
(2) Et ipse avulsus est ab eis quantum jactus est lapidis. (*Luc.* 22.)
(3) Neque littera in Scripturis sine causa est. (*In* 18. *Matth.*)

ser oidos. Él permanece á muy poca distancia á fin de poder, echándonos una mirada amorosa, convertirnos y volver á ocupar su lugar en medio de nosotros.

Notad tambien esta bella y misteriosa expresion : *Se alejó á la distancia de un tiro de piedra* (1). Cualquier persona, lo mismo el niño que el hombre, puede arrojar una piedra á una distancia mas ó menos larga, segun el grado de su fuerza. Luego al decir el Evangelista que Jesus no se alajó sino á la distancia de un tiro de piedra, ha querido advertirnos que cuando nuestra cobardía, nuestra insensibilidad, nuestro sueño y nuestras faltas obligan á Jesus á alejarse de nosotros, lo hace de manera que con un ligero esfuerzo de nuestra parte, un poco de violencia sobre nuestras pasiones, una intencion recta, ó una súplica ferviente podemos todos y cada uno de nosotros lanzar hácia él nuestro corazon, cuya dureza le ha hecho semejante á una piedra. Cualquier brazo es bastante fuerte para esto, toda voluntad puede llegar sin trabajo hasta nuestro Salvador Jesus, todo deseo sincero puede llegar á herir amorosamente su corazon y obligarle á abrirse á la misericordia. Esta es la causa por que la Escritura Sagrada nos dice : Arroja tus cuidados y tus afecciones en el seno de Dios, y él recibirá tu corazon en el suyo, derramará en él la uncion de su gracia, él lo ablandará, él convertirá la piedra en carne, él lo alimentará y le dará la vida (2).

Despues que el Salvador se alejó un poco de sus discípulos, se puso de rodillas, añaden los Evangelistas; inclinó humildemente su cuerpo, bajó su frente (3) y se prosternó devotamente con el rostro contra la tierra (4). ¡O espectáculo capaz de enternecer los corazones mas duros! ¡Ved ahí arrodillado á aquel cuyo nombre no pueden oir pronunciar los habitantes del cielo, los de la tierra ni los del infierno, sin caer al momento de rodillas (5)! ¡El hijo de Dios adora y pide á su eterno Padre como el último de los hombres! ¡Ah! Esto consiste en que, al mismo tiempo que ha querido tributar á Dios su Padre, por medio de esta humilde aptitud, por este acto de adoracion, un culto perfecto y digno de él, ha querido enseñarnos tambien la humildad, el recogimiento y el respeto con que

(1) Quantum jactus est lapidis.
(2) Jacta super Dominum curam tuam ; et ipse te enutriet. (*Ps.* 54.)
(3) Procidit in faciem suam. (*Matth.*)
(4) Procidit super terram. (*Marc.*)
(5) In nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum. (*Philipp.* 2.)

debemos adorar y suplicar á la majestad infinita de Dios. Él ha querido instruirnos, con su ejemplo, de la necesidad que tiene el hombre, cuando ofrece á Dios el homenaje de su adoracion y de sus preces, de asociar todas las partes del cuerpo á los sentimientos de su alma, á fin de que todo el hombre sea el que pida y adore. Previendo que los herejes se atreverian un dia á poner en duda la importancia de los actos exteriores del culto, quiso enseñarnos él mismo que las genuflexiones, las inclinaciones, la elevacion ó la union de las manos, los golpes de pecho, la señal de la cruz, en una palabra, todas las ceremonias de la Iglesia, están muy lejos de ser cosas indiferentes; que, si ellas no alcanzan la gracia por sí mismas, concurren sin embargo á alcanzarla, supuesto que humillan el espíritu, invitan al recogimiento y aumentan la devocion.

Mas no perdamos de vista á nuestro Salvador que, al aplicar á la tierra su frente, su boca y sus brazos extendidos, convierte en bendicion la antigua maldicion con que estaba herida la tierra, la abraza, la estrecha contra su corazon y le da el beso de paz que la reconcilia con el cielo; la riega con sus lágrimas, la humedece con un sudor sangriento y se prepara para consumar la obra de nuestra salvacion. En efecto, levantando lentamente la cabeza, fijando en el cielo sus ojos bañados en lágrimas, y extendiendo los brazos en forma de cruz, exclama con una voz sonora aunque triste, con un tono firme pero humilde y respetuoso : Padre mio, Padre mio, vos que todo lo podeis, ¡ay! haced que este cáliz de mi pasion se aleje de mí, porque está demasiado lleno de vuestro furor. Si es posible, si vos lo quereis, os pido la gracia de que me dispenseis de beberlo. Sin embargo yo me someto enteramente á todo cuanto dispongais. Hágase vuestra voluntad y no la mia (1).

Mas, ¡o Dios mio! ¡qué oracion es esta! ¡Es este el resultado de los ardientes deseos, de los vehementes trasportes que han hecho suspirar á Jesus toda su vida por el cáliz de sus penas! ¡Ahora que ese cáliz se le presenta, procura alejarle de sí, vuelve la cabeza y pide con instancias á su Padre que le libre de él! ¿No es él quien decia pocos dias há á sus discípulos : Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre? ¡Oh! ¡si supieseis el ardor que me devora y cuánto me parece que tarda el dia en que debo beber de él hasta las heces! ¡Si vosotros pudierais ver como palpita de impaciencia mi corazon, con cuanta ánsia desea volar al encuentro de la lanza que

(1) Pater, omnia tibi possibilia sunt. (*Marc.*)

debe atravesarlo (1)! ¡Y bien, cómo se concilia este deseo ardiente que Jesus experimenta de derramar su sangre por nosotros, con la repugnancia que manifiesta ahora á derramarla!

¡O súplica llena de terribles misterios! Si el padre eterno no escucha á su Hijo, ¿qué vá á ser de Jesus? Y si lo escucha, ¡pobres de nosotros! ¿qué suerte será la nuestra? ¿Deberémos decir que Jesus siente que sus fuerzas le faltan, que su valor le abandona, que su amor vacila y que la salvacion del mundo está en peligro? No, hermanos mios; todo lo contrario. Mientras que esta oracion parece que debe escandalizar nuestra fe, ella la confirma; mientras que ella pone en duda, al parecer, nuestra salvacion, la lleva á debido efecto: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.*

Seria un error muy grave, dice S. Leon, creer que Jesucristo haya querido por un solo instante rechazar la muerte, por medio de esta súplica; porque no solo la habia aceptado ya desde el instante de su encarnacion, sino que habia consagrado tambien su perpétua memoria en la institucion de la Eucaristía, y por medio de este sacramento habia comunicado ya anticipadamente su fruto á sus discípulos (2).

Esta razon tiene mucha fuerza, porque, segun el modo de argumentar de S. Hilario, el cáliz, que Jesucristo distribuyó entre sus discípulos durante la cena, era el cáliz mismo de su pasion; él contenia la sangre misma que iba á ser derramada muy pronto para la remision de nuestros pecados, y suponia por consiguiente la inmolacion de la víctima. El Salvador pues no podia retractarse de lo que habia hecho.

Él no podia negarse á ser víctima, supuesto que ya se habia inmolado él mismo como víctima de una manera mística. Él no podia negarse á derramar su sangre, supuesto que habia ya dispuesto de ella para nuestro provecho en el sacramento de la Eucaristía (3). A esto añade S. Agustin que Jesucristo como Hijo de Dios habia pronunciado, de acuerdo con su eterno Padre, el decreto de su pasion y muerte. Esta es la razon por que estaba en cierto modo

(1) Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur. (*Luc.* 12.)

(2) Non est existimandum quod Dominus Jesus passionem et mortem voluerit declinare, cujus jam discipulis sacramenta tradiderat. (*Serm. V.*)

(3) Numquid pati ipse nolebat? Atqui superius fundendum in remissionem peccatorum corporis sui sanguinem consecraverat. (*Can.* 31. *in Matth.*)

obligado á someterse á él, supuesto que el que debia beber de este cáliz amargo era el mismo que lo habia preparado (1).

Es necesario finalmente recordar que esta repugnancia de Jesus, esta oposicion de su voluntad humana á su voluntad Divina, habia sido ordenada y dispuesta, segun Sto. Tomás, por su misma voluntad Divina, supuesto que la voluntad humana en Jesucristo estaba sometida enteramente á la voluntad Divina (2).

¿Por qué pues, quiso el Salvador experimentar esta repugnancia que rebaja al parecer la escelencia de su sacrificio; y por qué nos la quiso dar á conocer? Por motivos dignos de la sabiduría de Dios y de su amor á los hombres.

S. Gerónimo dice en primer lugar que al dirigir Jesus esta súplica á Dios, rechazó el cáliz de su pasion, no porque tuviese horror de beber su heces amargas, supuesto que solo habia venido al mundo para sufrir; sino porque este cáliz le era ofrecido por las manos de los Judíos, que tenian una patria comun con él, que descendian de su mismo origen, que no podian presentárselo sino para la ruína de ellos mismos, y finalmente porque debia beberlo en Jerusalen, ciudad infortunada cuya entera destruccion debia causar esta circunstancia (3).

Ved aquí por qué, segun observa el venerable Beda, no dice el Salvador simplemente, *pase el cáliz*; sino *pase este cáliz*; es decir, esta pasion que le era presentada por los Judíos, y que no podian hacérsela sufrir sin hacerse ellos mismos culpables del mas horroroso crímen, digno de los mas terribles castigos (4).

Así pues, por esta exclamacion: *pase de mí este cáliz*, no tanto se muestra Jesus horrorizado por sí mismo, cuanto penetrado de compasion por su antiguo pueblo escogido; es, dice Teofilacto, como si hubiera exclamado: ¡Cadenas, azotes, espinas, cruz, tormentos, blasfemias, oprobios, muerte, de donde venís á mí! ¡O Jerusalen! ¡O pueblo mio muy amado! Yo consiento en morir por tu salvacion, pero que no sean tus manos las que derramen mi san-

(1) Auctor calicis hujus est ipse qui bibit. (*Tract. in Joann.* 112.)

(2) Hoc ipsum quod voluntas humana in Christo aliud volebat quam ejus voluntas divina, procedebat ex ipsa voluntate divina, cujus beneplacito natura humana motibus propriis movebatur. (3. *p. q.* 46.)

(3) Non timore patiendi, quia hoc venerat ut poteretur; sed propter reprobationem populi Judæorum, et eversionem miseræ Jerusalem. (*In Matth.*)

(4) Non dicit: Transfer à me calicem; sed signanter, calicem istum, hoc est populi Judæorum, qui excusationem habere non potest. (*In Marc.*)

gre. La muerte me es muy amada, ó Padre mio, mas vos sabeis cuanto amo tambien á aquellos que han de perecer por habérmela dado (1).

Pero el Salvador se propuso en su oracion un objeto mucho mas interesante para nosotros. Ya vimos en la conferencia de ayer cuán importante nos era que Jesucristo nos convenciese de la verdad de su humanidad, mostrándose sujeto á la tristeza y al miedo, sentimientos propios del hombre; pero no era menos interesante que nos convenciese tambien de la certeza de su Divinidad. El dogma que nos enseña que Jesucristo es Dios y hombre al mismo tiempo y que tiene dos naturalezas en una sola persona, es el principio de nuestra fe y de nuestra salvacion, es el fundamento de todo el Cristianismo. En efecto, como hemos dicho ya, si Jesucristo no es verdadero hombre, si no pertenece realmente á nuestra humanidad, su redencion nos es estraña é indiferente; y si no es verdadero Dios, si no tiene la misma Divinidad que su Padre, su redencion es estéril é ineficaz. Pues bien, su oracion, que es una manifestacion inefable de la bondad de su corazon, es al mismo tiempo una revelacion clara de la union de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona. Esta es la razon por que debemos reconocer en Jesucristo, que dirige esta súplica, no solo el Dios de misericordia que se apiada de los Judíos, sino tambien el Dios de sabiduría, que establece y consuma la fe de los cristianos: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.* En efecto, Jesus dice por una parte: *Pase de mí este cáliz*, y por otra añade: *Hágase vuestra voluntad.* Y ved aquí claramente, exclama S. Ambrosio, dos voluntades distintas en Jesucristo, y por consiguiente dos naturalezas unidas sin alterarse ni confundirse. La palabra *transeat* es el grito de la flaqueza y de la repugnancia; él prueba que en Jesucristo la Divinidad no ha quitado á la humanidad el sentimiento ni la aprehension del dolor. La palabra *fiat* es por el contrario la expresion de la fuerza y del precepto; ella prueba que la humanidad en Jesucristo no ha quitado á la naturaleza Divina su inmutabilidad ni su impasibilidad. La voluntad que rehusa revela el verdadero hombre; la voluntad que acepta y que manda nos manifiesta el verdadero Dios (2).

(1) Postulat misericordia prioris populi, ne ab illo bibat calicem propinatum. (*In Matth.*)

(2) Quasi homo mortem recusans, quasi Deus sententiam suam servans. (*In 22. Luc.*)

Por mejor decir, esta misma repugnancia á la muerte, que es una prueba de su humanidad, lo es al mismo tiempo de su Divinidad. En efecto, Jesucristo es hombre, mas segun la calificacion que él mismo se dió por boca del Profeta, es un hombre singular, un hombre único en su peregrinacion sobre la tierra (1), pues que es el único hijo de Adan que participa de su naturaleza sin haber heredado su falta. Es pues estraño á la muerte, lo mismo que al pecado del que ella es castigo. La inmortalidad le pertenece. Pues bien, si á vista de la muerte hubiera guardado silencio y la hubiera aceptado sin manifestar repugnancia alguna, hubiera parecido que abdicaba sus derechos naturales á esta inmortalidad que le era debida por un doble título, es decir, como Hijo de Dios, y como hijo del hombre exento aun de la sombra misma del pecado que es la causa de la muerte. Él hubiera dado á entender que aceptaba la muerte como una pena merecida en justicia. Él hubiera manifestado que no solo era hijo de Adan segun la naturaleza, sino que participaba tambien de su falta. Aquel que jamás conoció el pecado, seria confundido al momento con los pecadores. Esta repugnancia á la muerte, que manifiesta al principio de su oracion: *Pase de mí este cáliz*, es una protesta clara de que no es tributario de la muerte, porque nada tiene de comun con los pecadores justamente condenados á morir. Mas, cuando añade *Hagase vuestra voluntad*, declara que solo la acepta por someterse al decreto de su Padre. Él declara que sin este decreto que él mismo formuló de acuerdo con su Padre, y al cual ha suscrito por su voluntad, no debia ni podia morir. Él declara, dice Sto. Tomás, que ama su propia vida, y que debe amarla necesariamente, porque es santa, pura y Divina; y en fin que, como dice el Profeta, solo se decide á abandonar en manos de sus enemigos una vida tan preciosa y tan amada, por obedecer la voluntad de su Padre, que es la misma voluntad del Verbo, y por su amor ardiente á los hombres (2).

Así pues, prosigue S. Juan Crisóstomo, Jesucristo en esta oracion manifiesta lo que él es, y asegura todos sus derechos y todos sus privilegios. En el momento mismo en que se sujeta á la muerte, revela su inmortalidad. En tanto que se somete á la condicion del hombre, conserva su dignidad de Hijo de Dios. Él tributa á su

(1) Singulariter sum ego donec transeam. (*Ps.* 140.)

(2) Christus vitam suam maxime dilectam propter donum charitatis posuit, secundum illud: Dedi dilectam animam meam in manus inimicorum. (3. *p. q.* 46 *art.* 6.)

Padre celestial el culto que le es debido, porque no inclina su frente por necesidad, sino que obedece por amor. Él no tiembla en su presencia como un vil esclavo, sino que le habla con la seguridad y la familiaridad de un hijo. ¡Ay! muy bien conoce la grandeza del Padre celestial el que de ese modo se dirige á él. Él sabe lo que debe decirle y lo que puede serle agradable. La humildad y la confianza de la oracion anuncian la nobleza del que la hace, y publican su grandeza y su Divinidad (1).

Jesucristo pues, en esta inefable oracion manifiesta que es Dios y hombre á un tiempo mismo; en ella prueba tambien que es Redentor del mundo. Para reparar el género humano no era bastante que Jesucristo fuese verdadero hombre, sino que era necesario tambien que representase en sí la humanidad caida, que sufriese y muriese como hombre pecador, sin haber contraido la mancha del pecado. Él debió ser no solamente verdadero Dios, sino tambien un Dios que elevase hasta el infinito el mérito de los sufrimientos y de la muerte del hombre. Pues bien, este es el misterio que nos descubre tambien la oracion del Salvador.

En efecto, al oirle repetir, con una voz débil é interrumpida por los sollozos, estas palabras: *Padre mio, si es posible, pase de mí, dispensadme de beber este cáliz de amargura*, ¿cómo seria posible reconocer en él el Hijo único de Dios, igual en todo á su Padre, y de la misma naturaleza que él? ¿No se cree oir por el contrario, observa S. Agustin, el lenguaje del hijo del hombre, mas del hombre débil, tímido y enfermo, que gime bajo el peso del pecado (2)? ¿No son esos acentos los mismos que hubiéramos hecho oir nosotros, pobres pecadores (3)? Luego supuesto que él ora como nosotros, supuesto que usa un lenguaje que se asemeja al del pecado, no nos es posible dudar que tomó realmente una carne semejante á la carne de pecado (4).

Mas, á pesar de que Jesus, añade S. Leon, usa el lenguaje de nuestra naturaleza desgraciada, tímida y frágil, no lo habla como nosotros; él lo habla, no como un lenguaje propio, sino como un lenguaje que ha tomado de nosotros, y que conviene al ser humilde

(1) Sponte Filius Patris obedivit, non quasi conditione servi sed magnum honorem Patri exhibens, et Filii dignitatem servans. (*Homil.* 7. *in Epist. ad Ephes.*)

(2) In carne infirmitatis agnoscebatur vox peccatoris. (*In Ps.* 21.)

(3) Unde erant illæ voces nisi ex nobis assumptæ?

(4) Quia suscepit similitudinem carnis peccati, suscepit similitudinem vocis peccati. (*Ibid.*)

que representa, es decir, al hombre pecador. Él habla, como uno de nosotros, porque habla por nosotros (1).

Y para que no nos quede duda alguna sobre este particular, observemos que á los acentos de la miseria y de la flaqueza propias del hombre pecador, une los acentos de la resignacion y de la fuerza, que solo convienen al hombre regenerado, rescatado y perfeccionado en la persona y por la persona de su Redentor, que es Dios. Haciendo Jesucristo que á la repugnancia que manifiesta á beber el cáliz, precedan estas palabras: *Si es posible*, manifiesta que esta repugnancia de la naturaleza humana está, desde un principio, subordinada al decreto de Dios, y que ni un solo instante ha estado en oposicion con él; que es un sentimiento que le habia sacrificado aun ántes que naciese en él, y por lo mismo es puro, santo y legítimo. Cuando á la manifestacion de esta repugnancia añade estas palabras: *Sin embargo, hágase vuestra voluntad, y no la mia*, nos hace ver que esta misma oracion, que parecia revelar la flaqueza y el miedo, revela verdaderamente el carácter de una sumision completa, de una resignacion absoluta y de una obediencia perfecta. Sin embargo, no es esta, dice el venerable Beda, una oracion contradictoria ni incoherente; sino una oracion cuyas partes se armonizan de una manera admirable. Ella es simple y absoluta, tal como debe ser en la boca de un Redentor Divino que, por una parte, representa en sí todos los pecadores, y que, acordándose por otra parte que solo los representa para salvarlos, los eleva á todos á la santidad y á la perfeccion de Dios, y forma de ellos una ofrenda digna de su grandeza, de su majestad y de su amor (2).

Puede interpretarse tambien de otro modo esta oracion. Tomada á la letra, significa lo siguiente: « Si es posible, Padre mio, que los hombres se salven por otro medio, ¡ay! haced que yo me libre de las humillaciones profundas y de los tormentos atroces que me aguardan. » Pero, ¿no sabia el Hijo del hombre, podrá decirse, que el decreto que le condenaba á una muerte vergonzosa y cruel, aunque libre en su principio, era irrevocable en cuanto á su ejecucion? ¿Por qué pues dice: *Si es posible*, cuando sabia que no lo era? ¡Ah! No es por sí por quien ha hablado de esta posibilidad, sino por nosotros; es para hacernos comprender lo que jamás comprendere-

(1) Nostræ utitur voce naturæ; causam agit fragilitatis, et trepidationis nostræ. (*Serm. LVI.*)

(2) Reminiscens propter quod missus est, clamat: Non sicut ego volo, sed sicut tu. (*In Marc.* 14.)

mos demasiado : la malicia del pecado. Él habia dicho : *Padre mio, si es posible, haced que yo no sufra una muerte tan ignominiosa y tan atroz*, y á pesar de una súplica tan tierna, la condicion de esta muerte para la salvacion del género humano permaneció en su severa inmutabilidad. Esto nos demuestra claramente que era imposible que los hombres se salvasen de otro modo que por las penas y las humillaciones del Mesias, por su pasion y su muerte de cruz. Asi pues, la grandeza del remedio revela la profundidad del mal. Y es necesario deducir de aquí que los pecados de los hombres son un mal horrible á los ojos de Dios, y que irritan hasta el estremo su justicia, supuesto que se necesitó nada menos que los oprobios sangrientos y los padecimientos mortales del Hijo de Dios para poder expiar estos pecados y satisfacer esta justicia. Es necesario deducir de aquí que la malicia del pecado es inmensa á los ojos de Dios, supuesto que de ella resultó, en cierto modo, para Jesucristo la imposibilidad de verse libre de tentas penas, supuesto que el pecado le obligó á beber este cáliz amargo, desde el momento en que él se hizo generosamente nuestro Cristo, nuestro Redentor : *Oportuit Christum pati*. Una satisfaccion infinita supone una ofensa infinita. Por consiguiente, supuesto que esta satisfaccion infinita fué rigurosamente exigida, es necesario decir con Sto. Tomás que del pecado del hombre, con respecto á Dios contra quien se cometió, es una ofensa infinita.

Finalmente, la muerte no es obra de Dios. Ella entró en el mundo en consecuencia del pecado, por los artificios y por la envidia del demonio, á quien Jesucristo llama por lo mismo *el asesino del hombre desde el principio del mundo* (1).

Además, si el Salvador hubiera aceptado la muerte sin temor ni repugnancia, hubiera dado motivo para suponer que la aprobaba y la miraba como la condicion natural del hombre : error gravísimo, enseñado despues por los pelagianos.

¿Qué hizo pues? La rechazó (2), y por esta repulsa, dice S. Ambrosio, protestó contra la novedad, contra el escándalo de la muerte que no es obra suya, y condenó al demonio que es su autor (3). Él manifestó al mismo tiempo su dolor al ver que el pecado y el demonio habian sujetado á todos los hombres, contra el

(1) Diabolus homicida erat ab initio. (*Joann.* 8.)

(2) Transeat à me calix iste.

(3) Deus mortem non fecit ; et ideo fastidit Christus quod ipse non fecit. (*Lib.* 10. *in Luc.*)

designio primitivo de su bondad, á la triste necesidad de morir. De modo que esta palabra *transeat*, pase, es un rapto de su amor; una exclamacion de su corazon que se aflije á vista de la funesta condicion á que nos vemos reducidos, mas bien que el efecto del terror que le inspiran las llegas de que muy pronto vá á verse cubierto él mismo (1).

Pero despues de haber manifestado este sentimiento de indignacion contra la mano pérfida que dió la muerte al primer hombre, y en él á toda su posteridad; despues de haber hecho conocer la diferencia que existe entre el Hijo de Dios, autor misericordioso de la vida, y el demonio, autor infame de la muerte, recuerda lo que él es, y para lo que ha venido al mundo. Esta es la causa por que, en el momento mismo en que parece mirar la muerte con repugnancia, la acepta con alegria; cuando parece que huye de su vista, corre á su encuentro; cuando parece que la teme, acelera el momento en que debe sufrirla, y exclama : *Hágase vuestra voluntad y no la mia.* ¡Ay! esto consiste en que él ve que al someterse á la muerte que le está reservada nos provee de armas para combatir, para vencer y destruir la nuestra; asegurándanos al mismo tiempo el privilegio de resucitar un dia con él, y manifestándonos por lo mismo que es nuestro verdadero Redentor (2).

¡Cuánta dignidad pues, cuánta grandeza brilla en esta oracion tan sencilla y tan humilde! ¡Cuántas cosas se encierran en ella! ¡Cuántos misterios nos descubre! ¡Cuántas verdades nos revela! Jesus dice al principio : *Pase de mi este cáliz*; y ved aquí la naturaleza humana que sufre; ved aquí la flaqueza que se intimida á vista de la muerte; ved aquí el esclavo que rehusa los tormentos; ved aquí el culpable que huye del castigo; ved aquí el pecador, ved aquí el hombre. Pero Jesus añade : *Hágase vuestra voluntad, y no la mia;* ved aquí como desaparece el primer Adan y como se manifiesta el nuevo en todo su esplendor; ved aquí el lenguaje de la flaqueza reemplazado por el sublime acento de la fuerza, de la santidad y del deber : ved aquí la víctima que se ofrece voluntariamente á Dios; ved aquí el sacrificio augusto que principia; ved aquí el mediador compasivo que intercede; ved aquí el Redentor, ved aquí á Dios (3).

¡O sabiduría profunda, ó magnificencia sublime de las acciones de

(1) Doles, Domine, non tua, sed mea vulnera ; non tuam mortem, sed nostram infirmitatem ; quia post Adæ lapsum tali transitu nobis esset ex hoc sæculo recedendum, ut mori necesse sit. (*Ibid.*)

(2) Reminiscens propter quod missus est, clamat : Non sicut ego volo, sed sicut tu.

(3) Reminiscens propter quod missus est, clamat : Non sicut ego volo, sed sicut tu.

Jesus nuestro Divino Maestro! En la humildad misma de su actitud, en la sencillez de sus palabras, en la expresion de su dulzura y en la manifestacion misma de su dolor, nos hace ver de una manera cuasi sensible los misterios de su persona, el carácter de su mision, el objeto de su venida, la espontaneidad de su sacrificio y la vehemencia de su amor. Ved aquí pues como esta noche sombría y funesta brilla con la claridad del dia mas puro: *Nox sicut dies illuminabitur.* Ved aquí como nos permite ver, puestas, por decirlo así, en accion, las verdades fundamentales de nuestra Religion santa.

Contempla, o cristiano, á tu Salvador que ora; considérale con una dulce complacencia en esa actitud tan humillante para él, y tan fecunda en misteriosos resultados par ti. De ese modo sentirás reanimarse tu fe, renacer tu esperanza é inflamarse tu caridad, y volverás á adquirir el valor que necesitas para aplicarte á la obra de tu santificacion y de tu salvacion.

Sin embargo, para consumar esta grande obra, necesitamos, no solo contemplar á Jesucristo, sino tambien imitarle y dividir con él el cáliz de sus humillaciones y de sus padecimientos. Esto es lo que nos ha enseñado tambien nuestro Salvador por medio de su oracion Escuchadlo.

Es doctrina de S. Pablo, que el cuerpo real de Jesucristo representaba tambien su cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Pues bien, apoyándose S. Hilario en esta doctrina del Apóstol, sostiene que cuando Jesus pidió á su Padre que alejase de él este cáliz, se encontraba poseido de temor, no por sus tormentos, sino por los nuestros. Su intencion, pues, fué pedir que se le dispensase de beber el cáliz amargo de los sufrimientos, no á él como cabeza, sino á él en sus mienbros; no á él en su humanidad, sino en la nuestra; no á él en su persona, sino á su Iglesia, á quien representaba (1).

¡O corazon tierno y compasivo de Jesus! En todo el discurso de su vida habia cifrado sus delicias en enjugar todas las lágrimas, en endulzar todos los padecimientos y en librar á los hombres de todos sus males. Ahora que la muerte se le aproxima, sufre todos los tormentos á que nos habiamos de ver expuestos nosotros mismos, se aflige de nuestro dolo y pide que, *si es posible*, todas las tribulaciones, todas las ignominias y todos los tormentos pasen de su cuerpo místico á su cuerpo real; pide que sean acumulados sobre él solo, y se vean libres de ellos sus fieles, sus escogidos, á quienes mira como á

(1) Totus igitur supra eos qui passuri erant metus est: atque adeo pro iis orat qui passuri post se erant, dicens: Transeat à me calix iste. (*Canon* 31 *in Matth.*)

sí mismo; él pide en fin agotar solo el cáliz de sus sufrimientos, de tal modo que no quede en él una sola gota para nosotros: *Transeat á me calix iste.* Mas, al manifestar con tanta prontitud su entera conformidad á la voluntad divina, *Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu*, declara abiertamente, dice S. Agustin, que es imposible que el hombre se cure sin el remedio amargo de los sufrimientos, y que resucite sin acercar á sus labios el cáliz de las humillaciones y de la muerte (1).

¡O vosotros los que os quejais de veros en la tribulacion y en las lágrimas, acordáos de que Jesucristo nos hubiera dispensado, con su oracion, de todo sufrimiento, si pudiésemos salvarnos sin sufrir! Porque, ¿qué es lo que hubiera podido negar el Padre Eterno á su Hijo despues de una oracion tan humilde y tan ferviente? Mas al someterse Jesus á su voluntad no solo aceptó las tribulaciones para nosotros, sino que las atrajo todas en cierto modo sobre nuestras cabezas. Es necesario, pues, convencerse, dice S. Pablo, de que ellas son necesarias; que entran en el plan y en el órden de nuestra salvacion, con la que están estrechamente ligadas, y que este es el único camino, el camino seguro para entrar en el reino de Dios (2).

¡Ay! Las riquezas, los placeres, los honores y las prosperidades del mundo embriagan el espíritu, enervan el corazon, corrompen al hombre y le conducen á su perdicion; mas la humillacion, la miseria, el dolor, la adversidad, el aislamiento del mundo y el desprecio de sí mismo le curan y aseguran su salvacion.

Almas frágiles, que en medio de las angustias de la vida murmurais contra la providencia de Dios, acusándola de muy severa con vosotras, sabed pues que el Dios que os prueba, no es tanto el Dios que castiga en su indignacion, como el Dios que cura en su bondad, y que al haceros pasar por el crisol de las tribulaciones, solo procura purificaros, y de ninguna manera causar vuestra desgracia.

No nos engañemos. Fué necesario que Jesus sufriese, como nos lo asegura él mismo, para entrar en la gloria que le pertenecia por su naturaleza (3); con mucha mas razon debemos nosotros sufrir para gozar de una felicidad que no nos pertenece sino por gracia.

(1) Sanari non potes, nisi amarum tribulationis calicem biberis: bibe ut vivas; quid amarum est in tali poculo quod prior ipse non biberit? (*Serm.* LXXXI *de Temp.*)

(2) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (*Act.* 14.) Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.

(3) Oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam. (*Luc.* 2.)

Cuando Jesucristo, sin embargo de ser Hijo de Dios; cuando María, sin embargo de ser Madre de Dios; cuando los apóstoles, los mártires, todos los santos y elegidos de Dios, á pesar de ser sus amigos, se han salvado por medio de las humillaciones y de los sufrimientos, ¿podria suceder que alguno de nosotros se salvase por otro medio? Si nosotros suspiramos sinceramente por nuestra patria, no abandonemos el camino real de la cruz: este es el único que conduce al cielo. Jesucristo, dice S. Agustin, ha sido como un médico compasivo, que sin embargo de estar lleno de salud, ha gustado primero la amarga bebida, á fin de animar con su ejemplo al enfermo para que la tome. Nosotros alegamos el pretesto de que no tenemos deseo ni fuerza para beber el cáliz de los sufrimientos que Dios nos envia (1); mas unámonos á Jesus con el amor y con la intencion; estendamos como él la mano con valor para recibir el cáliz de amargura que nuestro Padre comun nos presenta, y bebamos de él con una paciencia cristiana, con una piadosa resignacion, exclamando tambien con él: *Hágase vuestra voluntad, Dios mio, y no la mia.* Y para elevar nuestro valor á esa altura, tengamos la vista fija en Jesucristo. Él ora, él se entristece, él sufre por nosotros, y de este modo nos dice en voz alta que nosotros debemos tambien orar, afligirnos y sufrir con mucha mas razon. Él ilustra nuestra fe con sus palabras, al mismo tiempo que nos alienta y nos sostiene con su ejemplo: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.*

SEGUNDA PARTE.

El profeta David nos ha revelado un motivo todavía mas tierno y mas sublime de la repugnancia que el Redentor del mundo manifestó á la muerte en el huerto de las Olivas. A saber, que él estaba dominado por el pensamiento del valor infinito de la sangre que iba á derramar por la salvacion de los hombres en el discurso de su pasion, y del poco fruto que muchos de ellos habian de sacar de su muerte: *Quæ utilitas in sanguine meo* (Psal. 29)?

La muerte eterna, la ruina irreparable de tantas almas como iba á rescatar inútilmente con su sangre, fué, dice San Ambrosio, la causa de las angustias, de la tristeza y del temor de la muerte que

(1) Ne dicat: Non possum, non fero, non bibo: prior bibit medicus Jesus, ut libere non dubitaret ægrotus. (*Serm.* LXXVIII *de Temp.*)

se apoderó de su corazon amante (1). ¡Qué tormento para un padre tierno ver á sus hijos ingratos redoblar el furor y los ultrajes contra él en proporcion de su ternura para con ellos! ¡Qué prueba tan terrible para su corazon verlos correr á su perdicion al revelarse contra él, y verse obligado, á pesar del grito de la naturaleza que se eleva en favor de ellos, á escuchar la voz de la justicia, á abandonarlos á su suerte funesta, y á ser él mismo el testigo y la causa inocente de su perdicion!

Tal fué el suplicio que desgarró el alma de David. Absalon su hijo, habia degollado inhumanamente con sus propias manos á su hermano Amon. Todavía cubierto de sangre, toma las armas este hijo bárbaro contra su propio padre, que no solo le habia indultado de la pena de muerte, sino que le habia concedido el mas generoso perdon. A pesar de esto, David en la víspera de una batalla, de la que dependia su corona, y tal vez su vida, olvidó que era rey, y solo se acordó de que era padre. Así pues, en las instrucciones que dió á los generales de su ejército, les dijo: ¡Ay! salvad por piedad á mi infortunado Absalon (2). O Joab, ¿has oido cuál es mi deseo y mi voluntad? Que Absalon sea desarmado y humillado, pero que viva. Él es ingrato y rebelde sin duda alguna; pero es mi hijo: yo quiero que se salve, yo lo quiero: *Servate mihi puerum Absalom.*

La batalla se dió, el ejército real triunfó, mas Absalon fué atravesado con una lanza. ¡Oh! ¡Quién podria espresar el dolor de David al oir esta noticia! El torrente Cedron, y el monte de las Olivas, como dije en el dia de ayer, se admiraron de verle pasar con los piés desnudos, la cabeza cubierta de ceniza, la tristeza en el rostro, la palidez en la frente, las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazon. Este no es un rey victorioso y triunfante; su aspecto es el de un rey vencido, fugitivo ó prisionero. Las orillas del torrente y el eco de la montaña repiten tristemente, en vez de los cánticos de victoria, los gemidos lastimeros de este padre desolado, que exclama á cada paso: «¡O victoria funesta para el corazon de un padre, pues que le privas de su hijo! Absalon, hijo mio, hijo mio Absalon, ¿dónde estás? ¿Por qué no puedo yo dar mi sangre para volverte la vida? ó al menos, ¿por qué no he podido yo morir ántes que tú ó al mismo tiempo que tú (3)?

(1) Tristabatur, quia nec malos perire volebat. (*In Luc.*)
(2) Servate mihi puerum Absalom. (*II. Reg.* 18.)
(3) Absalom, fili mi, quis mihi det ut ego moriar pro te, fili mi Absalom?

¿No observais, hermanos mios, en este acontecimiento memorable de la Escritura Sagrada, la historia mas bien que la profecía de la escena dolorosa que el Salvador nos presenta en el Huerto? Los lugares donde lloró David son los mismos donde Jesucristo se entristece y se ve poseido por el dolor: Las mismas cavernas repiten los mismos ecos. David se lamentaba solo de haber perdido un hijo á quien toda su solicitud y toda su prevision no habian podido salvar de la muerte temporal; y Jesucristo llora, gime y tiembla por los cristianos, sus hijos regenerados, aunque endurecidos, á quienes toda su sangre y todo su amor no podrian salvar de la muerte eterna.

Sí, el Salvador prevee en este dia que muchos de nosotros, verdaderos Absalones, teñidos aun con el bautismo de sangre de nuestro hermano inmolado por nosotros y para nosotros, se rebelarán contra la autoridad y la ley de Dios, nuestro comun Padre; y que desde entonces el título de hijos de Dios, y de hermanos de Jesucristo santificados y redimidos con su sangre, haciéndonos mas ingratos, nos hará tambien mas culpables; y que por consiguiente, su sangre, en la que no habremos querido ser lavados para merecer la recompensa, solo servirá para redoblar el castigo, para convertir el remedio en ponzoña y trasformar en tesoros de colera las riquezas de su misericordia: *Quæ utilitas in sanguine meo?*

Si él llora, no es por los multiplicados tormentos que debe sufrir por nuestra salvacion; por el contrario, él quisiera poder sufrir todavía mas por un objeto tan amado para su corazon: *Quis mihi det ut moriar pro te?* La causa de su llanto es que nuestra malicia, nuestra perversidad debe hacer inútil su pasion para muchos de nosotros, y que á pesar de todos sus oprobios y sus tormentos, nosotros nos obstinaremos en perecer.

Así pues, cuando Jesucristo cae en tierra en el Huerto, cuando extiende sus brazos como para figurar de antemano su posicion en la cruz, cuando se entristece, cuando se llena de angustia y se cubre de un sudor de sangre, es porque entonces se coloca entre el infierno y nosotros, es que nos intercepta el camino para que no corramos á precipitarnos en él, es que procura apagar sus llamas eternas, es, finalmente que, con sus lágrimas y sus súplicas, hijas mas bien de su amor que de su dolor, nos grita desde lejos para obligarnos á que nos detengamos y abandonemos el camino funesto de la perdicion.

Mas, en presencia de un espectáculo tan tierno, á vista de este misterio de misericordia y de bondad, que nos muestra un Dios llorando, solo al pensar que llegará un dia en que nos perdamos, ¿no es

unhorrible escándalo ver que nosotros permanecemos tan indiferentes y tan insensibles á nuestra perdicion? ¡Ay! ¡Es muy cierto por desgracia que la mayor parte de los cristianos, aun en esta metrópoli del Cristianismo, totalmente ocupados de lo presente como si no corrieran ningun riesgo para el porvenir; dedicados al regalo de sus cuerpos y olvidados enteramente de sus almas, inquietos por las cosas de la tierra sin pensar siquiera en el cielo, viven como si la vida presente no debiera concluir, ó como si la eternidad no hubiera de principiar jamás! ¿Y qué resulta de aquí? Resulta, dice la Escritura Sagrada, que, sorprendidos por la muerte en medio de sus placeres y de sus vicios, en un momento son precipitados en el fuego devorador del infierno, y encerrados para siempre en el abismo de la condenacion (1). Víctimas insensatas de las preocupaciones del siglo, de las asechanzas del demonio y del delirio de las pasiones, ¿por qué os obstinais en perecer? ¡Ay! ¡abrid los ojos y ved la suerte funesta que os aguarda. Pensad en que teneis una muerte que sufrir, un juicio que temer y una eternidad que encontrar! Ahora que teneis tiempo, aprovechaos del mérito infinito de la oracion, de las penas y de los dolores de Jesucristo. Reformad vuestra vida conformándola á la de vuestro Salvador, de tal modo que podais fijar vuestras miradas en él sin rubor y sin remordimientos. Penetrémonos todos de estos sentimientos y tomemos todos á la vez esta resolucion, á fin de que, despues de haber adorado, servido é imitado á Jesucristo en la tierra, tengamos todos la dicha de contemplarle y de bendecirle para siempre en el cielo, como el autor de nuestra fe, el apoyo de nuestra esperanza y el consumador de nuestra salvacion eterna: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.*

(1) Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt. (*Job.*)